

Pedro Selva

Un libro de familia

«El yo es aborrecible»

PASCAL.

«Ah! desdichado que crees que tú
no eres yo».

VÍCTOR HUGO.



A a estar de plácemes la cofradía genealógica.

Se sabe que Santiago representa en América el papel de ciudad sagrada de los pergaminos. Parece que debería ser Lima; pero no, por una razón material; existe allí un gusano roedor de archivos y, sin documentos, no hay árboles nobiliarios. Tampoco han prendido en ninguno de los otros virreinos, por lo menos, con la fuerza que en Chile, donde la planta se da tan robusta que alimenta un enjambre de ilustres investigadores.

Este libro, «Para mis Hijos», que edita un Irarrázaval Larraín por un lado de los Marqueses de la Pica, por otro de los Marqueses de Casa-Larraín, todo lleno de datos íntimos, de anécdotas, casos y cosas les va a saber a mieles.

Y no sólo a ellos.

El público que tienen aquí estas publicaciones privadas, reducidas, casi íntimas, es enorme.

Luego, hay el tema.

Don Domingo Amunátegui Solar (q. e. p. d.), autor de «Encomiendas y Títulos de Castilla», una de las obras más serias sobre el aristocrático asunto, y cuya palabra equivalía a una escritura, solía decir:

—No hay que cegarse: en cuestión de nobleza, de títulos, de categoría, la primera familia de Chile es la familia Irarrázaval. El primer Irarrázaval que vino a Chile era paje de Carlos V. Han tenido virreyes, son Grandes de España y conservan hasta ahora su rango. Como figuración política durante la República, los Errázuriz: son los que han tenido más Presidentes y todavía despunta en ellos el instinto de mando. Agregaba como para consolarse: Ahora, como familia que ha dado al país grandes maestros, no cabe duda que los Amunátegui...

Así, pues, una obra de un Irarrázaval en que los Irarrázaval figuran ofrece doble mérito y eleva su interés a la quinta potencia.

Pero sería injusto reducir el valor de esta obra a su aspecto familiar como no lo ha sido el autor al titularlo, restringidamente, «Para Mis Hijos» y limitar la edición a pocos ejemplares.

Contiene documentos dignos de estudiarse y proyecta considerable luz sobre la historia de nuestra alta sociedad, tan importante de conocer, por lo menos, como la baja, aunque ésta se lleve, ahora, las preferencias.

Nacido y criado en ella, el señor Irarrázaval «no se muerde la lengua», como dicen, para hacer pintar entre bastidores, puntualizando muchas figuras que estuvieron siempre reclusas detrás de siete velos y habían adquirido un prestigio como de leyenda.

Uno de ellos era, nada menos, su primo y amigo íntimo, don Fernando Irarrázaval Mackenna, hijo mayor del gran Marqués, don Manuel José, el político. Heredero del título y poseedor de una fortuna inmensa, pasaba por tan soberbio y pagado de su alcurnia que vivía aislado en su palacio o su feudal dominio de Pullaly, cuando no se encontraba en Europa, sin permitirles

a sus hijos alternar, a veces, ni con parientes próximos, porque todo el mundo le parecía poco. Don Joaquín Irarrázaval lo explica y lo simplifica. Don Manuel José, padre de don Fernando, enviudó temprano y volvió a casarse pronto con doña Isabel Correa y Toro, biznieta del Conde de la Conquista. El hijo mayor, único, creció solitario. Su madrastra no pudo ocultar la natural contrariedad que le producía ver que ninguno de sus hijos sería jamás Marqués de la Pica y de Valparaíso. Mayorazgo y Grande de España, con solar propio en la Península. El desmesurado orgullo que se atribuía al señor Irarrázaval Mackenna provenía, en realidad, de un fondo de timidez originado por esa situación familiar. Dotado de una doble vista prodigiosa para los negocios, añadió millones a la herencia paterna, que no fué, contra lo que se creía, muy cuantiosa; pero nunca quiso figurar en política y prefería dar grandes cantidades para que otros fueran a la Cámara, al Senado y de ahí a los puestos altos y brillantes. El destino le daba todos los elementos para actuar y lucir en el primer sitio de la primera fila; unas cuantas impresiones de infancia, de esas que Freud investiga y los psicólogos actuales consideran cada vez más, bastaron para confinarlo y reducirlo a un papel secundario o, mejor dicho, nulo en la vida pública.

¿No se diría un tema de novela?

Y nuestros novelistas se quejan de que aquí no hay asuntos, de que en Chile no ocurre nada, de que no existen tipos...

Otro personaje: don Gregorio Donoso, suegro del autor. ¡Qué carácter se trasluce a través de la semblanza que le dedica su yerno! Un hombre de acero. Pertenece a la raza de los exploradores del salitre y de los mineros del Norte, insaciable de actividad, que no se limitaba a Chile y desbordaba por los países limítrofes; llegó a poseer, con sus minas, sus fundos, sus industrias, una de las mayores fortunas del país, de las más sólidas y bien adquiridas, de esas que enriquecen a un pueblo y labran su grandeza. Muy inteligente y dotado de una memoria extraor-

dinaria, había leído y vivido mucho y de su conversación siempre se sacaba provecho. «La palabra conversación—escribe el señor Irarrázaval, pág. 93—no es exacta en este caso, pues era un charlador verdaderamente terrible y cuando tomaba la palabra, la conversación se tornaba en un monólogo donde le era imposible a su interlocutor introducir una palabra. Disertaba con igual facilidad sobre cualquier cosa: agricultura o minería, filosofía o electricidad, problemas de hidráulica o temas religiosos, derecho internacional o la mejor manera de llevar una contabilidad, hablaba de arte y de arquitectura, divagaba sobre la historia del universo y en ciertas materias, historia antigua, por ejemplo, y la pintoresca historia de los dictadores bolivianos, era simplemente un maestro. Yo fuí durante diez años su confidente, pues me hablaba más abiertamente en muchas cosas que a su mujer y a sus hijos, ante cuyas mentalidades demasiado dogmáticas no se atrevía a explayarse del todo y fuí su auditorio obligado en veladas que se prolongaban dos o tres horas cada noche». En los últimos años de su vida, fatigado de trabajar y de ganar dinero, decidió retirarse de los negocios. Quería, al fin descansar. Poseía un palacio en Santiago, Alameda esquina de Carrera, otro en Viña, en lo alto del Cerro del Castillo (hoy de la señora Edwards de Lyon) y haciendas y establecimientos mineros, como el del Volcán, que valían millones. Pues bien, justamente, en ese trance cuando pedía tregua, recibió el gran golpe. El señor Donoso no era creyente. Don Joaquín Irarrázaval lo atribuye en parte al espectáculo del clero boliviano que contempló de cerca: curas borrachos, amancebados con indias, corrompidos y venales, ninguna persona, creyente o no, con mediana sensibilidad, podía respetarlos. En cambio su esposa, Góster Recabarren, hacía una vida semi-conventual y llevaba constantemente a dar misiones, a su hacienda de Graneros, clérigos y padres a quienes el señor Donoso recibía cordialmente y con los cuales discutía entre sonrisas, porque no tenía nada de intolerante y era, en el fondo, un alma naturalmente cristiana.

Su religiosidad espontánea no le permitió sin embargo resistir la noticia súbita e inesperada de que su hija mayor, joven, hermosa, gran heredera, la predilecta de su corazón, inteligente y simpática, iba a sepultarse para siempre en un monasterio a rogar por la conversión de su padre. Parece que el choque le trastornó la cabeza. Empezó a vender por lo que caían sus haciendas. Regaló en trescientos mil pesos, el valor de sus álamos, una propiedad que acaba de venderse en doce millones. Pensaba liquidarlo todo y huir al extranjero. Pues bien, a pesar de la desesperación y la locura del pobre viejo, poco después, su segunda hija también se fué al Convento a rogar por la conversión de su papacito... No alcanzó el señor Donoso a realizar su proyecto de expatriarse; pero malbarató de tal modo sus bienes que murió lleno de deudas, casi pobre.

He aquí dos figuras sociales de primera magnitud, el Mayorazgo Irarrázaval y D. Gregorio Donoso, vistos de puertas adentro, en su intimidad espiritual y sentimental. ¡Cuán diversos resultan de los personajes aparentes que sirven de motivo para la divagación y el comentario público!

Las memorias íntimas del señor Irarrázaval Larraín encierran muchos otros aspectos interesantes. Aparece aquí el político batallador, el parlamentario brillante: fué uno de los más eficaces senadores del partido conservador; actúa el hombre de grandes negocios que nos muestra de cerca—y también inesperadamente distintos—a los magnates salitreros, como Baburizza y los Guggenheim. Un viaje de propaganda salitrera por Europa y el Oriente africano lo lleva a Jerusalén, a una Tierra Santa sin prestigio alguno, cruzada por caminos de cemento y a la cual se baja, no del carro de fuego de Elías, sino de prosaicos aviones pertenecientes a una línea aérea comercial. Aunque católico y practicante, el viajero no se siente emocionado por los grandes nombres de la historia sagrada. Cerca del Mar Muerto almuerza en un hotel perteneciente al Club Golf Sodoma y Gomorra, único, sin duda, en el mundo que tiene derecho, sin

malicia, a llevar ese nombre, puesto que ahí estaban, en verdad, las ciudades malditas. Por fin, vuela hacia Estambul y el Occidente, sin detenerse mucho. No es un soñador ni un poeta: el verdadero interés de estas páginas para los que no pertenecen a su familia consiste en la pintura fría, penetrante y directa de la clase dirigente chilena hecha por alguien que no se forja ilusiones y tiene bastante independencia para hablar claro. Los observadores sociales no deberían perderlas de vista. Es un documento de primera mano.

San Francisco de Las Condes, 13 de abril de 1946.